

Extracto de “Los principios de la acción fascista”

de : Michel Schneider

<< (...) La libertad, para el fascista, no consiste en "vivir" la historia, sino en "escribirla". En este horizonte, un acto puede cambiar la vida. Esta vida, así, deviene entonces un "juego", porque "Cuando un hombre se sabe libre y decide usar su libertad (...) su actividad será entonces un juego donde él será el jugador principal que tiene en él mismo el valor y las reglas de sus actos" [J.P. Sartre, "El ser y la nada", FCE 1972, pág. 669]. Reglas que se resuelven en "una" regla que debe orientar nuestra actividad política e intelectual de cada día. Montherlant, en su obra "El solsticio de junio", se interroga: "¿Qué somos a fin de cuentas? Una inteligencia que tiene sangre. La sangre nos empuja al combate; la inteligencia nos lleva a la duda y a la incredulidad. El combate sin fe es la fórmula a la que parece que estamos destinados. Todos debemos elegir entre una fe de héroe o una fe de borrego, y aquí no hay camino del medio". La lucidez y la duda heroicas del hombre fascista le llevan a desconfiar de los postulados de la Iglesia católica. El fascista comparte la idea desarrollada por Renan en su "Historia del pueblo de Israel", según la cual "La religión es una impostura necesaria. Cuando la estupidez de la raza humana admite la verdad, nunca la admite por medio de las buenas razones, dejando siempre el camino accesible a los malvados. En su forma más original, el fascismo es republicano y anticlerical, y si en alguna ocasión, en algún lugar y momento (como ocurrió durante el "ventennio" de entreguerras) se ha asociado con la Iglesia y con la monarquía, siempre lo ha hecho con cierta repugnancia y como un mal necesario. Marinetti, el jefe de filas del movimiento estético y artístico de los "futuristas", afirmaba: "Estamos poseídos del más intransigente anticlericalismo. Queremos liberar a Italia de los curas, de las monjas, de los cirios y de los campanarios"[Citado por A. Hamilton, "La ilusión fascista", pág. 39]. Mussolini matizaba mucho más: "El fascismo se humilla ante el Dios de los ascetas, de los héroes y de los santos, y, sobre todo, ante Dios que es adorado en los corazones sencillos y generosos del pueblo" [Benito Mussolini, "Obras Completas", tomo IX, pág. 22]. La Iglesia es considerada, en cuanto institución, como un mal menor del que no es necesario preocuparse si no interfiere en las acciones del Estado Popular [No en vano, el Estado fascista suscribió con el Vaticano los concordatos de Letrán (N. Del T.)]. Pero, por el contrario, la oposición al clericalismo, al "partido de los güelfos", encarnado en los demócrata-cristianos y en los católicos "progresistas", es total. Robert Brasillach, en un artículo escrito con motivo de la Guerra de España, declara: "El panorama se divisa perfectamente: de un lado las iglesias quemadas, del otro, inmensas provisiones de agua bendita que apagan los incendios (...) Toda colaboración contra el comunismo es un crimen contra la nación y contra la fe, y ello debería incluir a los curas rojos" ["Je suis partout", 24 de septiembre de 1937]. El fascismo siempre miró con desconfianza y cierto recelo hacia esa parte del cristianismo que rechaza la posibilidad de una espiritualidad viril, que niega la trascendencia heroica. "Tenemos necesidad de heroísmo, y no hemos dicho que tengamos necesidad de guerra, sino de ese heroísmo que simboliza la tentativa sublime del hombre por hacer frente a la naturaleza y al destino" [Oswald Mosley, "My life", pág. 330]. Para el hombre fascista, la vida es un destino al que no puede ni quiere sustraerse: la libertad, en su última expresión, consiste en atravesar los

acontecimientos con o sin honor. La existencia no es un fin en sí (la vida no es nada si no se dota de un valor), sino el medio que se nos brinda para una realización y una superación de nosotros mismos. Enfrentado a las concepciones reduccionistas y cuantitativas asociadas a la sociedad-masa igualitaria, el fascista posee una concepción ética y estética ligada a la sociedad-pueblo jerárquica. Aprecia la vida en su intensidad y no en su duración. Afirmaba Nietzsche que el último hombre es el que vive más tiempo, y Mussolini solía decir con frecuencia que "es mejor vivir un día como un león que cien años como un cordero" [Muy conocida es la frase de otro verdadero revolucionario, Ernesto "Che" Guevara: "Más vale morir de pie que vivir de rodillas" (N. Del T.)]. El fascista, frente al burgués, se preocupa más en lo que puede dar de sí a la vida que en lo que de ella puede expoliar. El grito de "¡Viva la muerte!", que en su literalidad es un absurdo y un contrasentido, es voceado por el fascista en su horror a mirar una vida vacía y sin contenidos esenciales y existenciales, es la consecuencia del total desprendimiento de sí. El fascismo transforma la fatalidad más agobiante en una eventualidad para la gloria. Hegel decía que el destino es la consciencia del sí-mismo como de un enemigo, pero que no hay lugar para la tragedia si el hombre es el artista de su propio devenir voluntario. "Al extremo de la cuerda, el adversario -esa realidad que te devuelve tu mirada- es la muerte" [Yukio Mishima, "Sol y acero", pág. 44]. Pero la muerte, más que arruinarla, nos ofrece la posibilidad de dotar a la vida de un destino. Drieu La Rochelle dijo en cierta ocasión que el hombre fascista dejaba de ser él mismo si ofrecía su vida pensando que acaso pudiera recuperarla. Montherlant, en sus "Carnets", ha definido perfectamente este estado del espíritu con palabras siguientes: "Se suicida uno por respeto a la vida, cuando la vida ha dejado de ser digna de nosotros mismos; pero, ¿qué hay de más honorable y digno que el respeto a la vida?... El suicidio es, esencialmente, un reto. ¿La muerte es indestructible? Bien, más o menos depende de mí... es el último acto en que el hombre puede demostrar que domina su vida, en lugar de ser dominado; y no hablamos del suicidio precipitado y cobarde, egoísta, sino del reflexivo y generoso". El hombre fascista es un enamorado de la vida, del juego del azar llevado a sus últimas consecuencias, y es por ello por lo que no debe temer a la muerte >>.

<< (...) Para el fascismo, la moral cristiana y humanitaria se identifica con las reivindicaciones pseudosociales del marxismo. Este moralismo no es sino un artificio de las fuerzas subconscientes del hombre: es una voluntad de poder desviada, es la revancha más o menos inconsciente de los seres más inauténticos, de aquellos que sufren secretamente la mengua de su propia personalidad. La moral del falso humanismo es la venganza de aquellos que se ven incapacitados para obrar según las leyes espontáneas de la naturaleza. La actitud de pretender cambiar el nombre y la esencia de los valores y los contravalores es tremendamente significativa a este respecto. La impotencia pasa a ser la "abstención voluntaria", la resignación no es sino el "desinterés por las cosas del mundo", la inercia es "humildad", la cobardía es un "sacrificio a la causa común", etc. Aquí se enfrentan dos tipos de comportamiento: a las antítesis de la ética del honor (noble-bajo, digno-indigno, verdadero-falso, valeroso-cobarde, fiel-traidor, lógico-absurdo, racional-desequilibrado, honorable-deshonroso), la moral del pecado responde con antítesis abstractas que no son sino deformaciones de los verdaderos valores (bien-mal, humilde-insensato, sumiso-orgullosa, espiritual-carnal, dominador-dominado). De este modo es como nace en el corazón humano el germen de la enfermedad psíquica: el sentimiento de culpa. Por ello, la conciencia pura deviene conciencia de culpabilidad. Por el contrario, en la ética del honor, la conciencia pura constituye un tribunal permanente donde cada uno se enfrenta, cara a cara, consigo mismo frente a sus propias exigencias y a sus propios esfuerzos. En su "Homenaje a Zola", Celine reflexiona de este modo: "La función de la moral socialburguesa no es sino la forja de un sentimiento de culpabilidad tan fuertemente arraigado que nos haga impotentes a la hora de reclamar justicia. La vida, que es la justicia máxima, lleva cincuenta siglos luchando contra la angustia" [Citado por T.

Kunnas, "La tentación fascista"]. Por su parte, el hombre fascista considera, al igual que el "Zarathustra" de Nietzsche, que "la moral exterior está en contradicción con las condiciones de la existencia". No se pueden refutar las condiciones de la existencia, pues el hombre, en palabras de Ortega y Gasset, es él más sus circunstancias. No se puede aspirar a una liberación abstracta de entes abstractos, somos hijos de nuestro destino particular y comunitario (...) >>.

<< (...) El sofista Callicles distinguía entre dos tipos de justicia: una creada por los hombres pensando en ordenar las leyes de un pueblo determinado, y otra fundada sobre la naturaleza. En la primera, se llega a crear una igualdad legal contraria, en realidad, a la naturaleza humana; en la segunda, los fuertes prevalecen sobre los débiles. Para Callicles, la fragilidad de todas las instituciones políticas proviene de esta oposición irremediable entre igualdad legal y desigualdad natural. La voluntad política del fascismo consiste en pretender trascender esta oposición en beneficio de un reconocimiento político del derecho a la diferencia. Frente a la igualdad absoluta, el fascista responde: "¡mentira: tal o cual ha trabajado, ha combatido, ha sufrido más que tú!" Platón, en sus diálogos sobre La República, se ocupa del conflicto entre el interés privado y el interés del Estado, encontrando la solución en beneficio del último, que es la encarnación del bien público. Los fascistas asumieron plenamente esta postura en sus ataques al Estado demoliberal (...) >>.

4 - UNA VISIÓN ELITISTA DE LAS RELACIONES SOCIALES.

El análisis elitista de las relaciones sociales realizado por el fascismo es consecuencia de la exigencia del renacimiento de una cierta ética, además de la crítica fascista de la plutocracia, la visión cíclica de la historia y la proposición de un Estado "orgánico", puntos que examinaremos todos uno por uno.

"Es la capacidad natural de ciertos hombres para arrastrar a la acción a otros hombres lo que nos hace comprender el origen de la primera formulación social" [Bertrand de Jouvenel, en "Revue Politique et Parlementaire"]. Estos hombres de los que habla Bertrand de Jouvenel son los "hombres de élite". Raymond Tournoux, en su obra "La tragedia del general", nos describe así sus reflexiones personales: "Las élites siempre están ausentes de los salones de baile. Las élites son las gentes que se baten en la primera línea, que arriesgan, que se forjan en el sacrificio". El principio de la "igualdad fundamental entre todos los seres humanos" es muy querido para las democracias parlamentarias, pero no deja de ser un verbalismo pusilánime e infantilista. El fascismo considera que este principio no es el fruto de un "noble ideal", sino de una noción que es un absurdo lógico y que representa, por sí, la regresión y la degeneración [Sobre el mito del igualitarismo es fundamental leer "Los hombres y las ruinas", de Julius Evola (N. Del T.)]. La esencia del liberalismo es el individualismo, el fundamento de su error es la confusión entre los conceptos de "persona" e "individuo". El individuo es un concepto puramente numérico, cuantitativo, fruto del mundo de lo inorgánico. La persona, por el contrario, es el individuo diferenciado por la cualidad, que posee una naturaleza propia y una serie de atributos que le hacen ser "sí-mismo", distinto del resto de los demás. La "tabla rasa" democrática reposa sobre un error propio del cientificismo, desmentido por ciencias como la genética, que ha mostrado como, desde su nacimiento, los individuos muestran diferentes aptitudes y distintos atributos, únicos para cada uno en oposición a la generalidad. La vida de los individuos es el resultado de la interacción entre su capital genético y el medio natural y social. La acción formativa del medio es considerable, pero el genotipo de cada uno determina las virtualidades que el medio más tarde favorecerá o inhibirá. El análisis elitista del fascismo se apoya, sobre todo, en los trabajos de Wilfredo Pareto, que siguen siendo

una fuente esencial para la comprensión de las estructuras sociales. En el siglo XIX, Karl Marx creyó descubrir en el fenómeno de la lucha de clases la explicación de la evolución interna de las sociedades. A finales del mismo siglo y a principios del XX, Wilfredo Pareto dedujo que la evolución social no era el producto de la lucha entre clases antagonistas, sino el resultado de la oposición entre la élite y la masa, y, especialmente, de las luchas entre las distintas élites para la conquista del poder. Esta oposición, este choque, pensaba Pareto, es el fenómeno general a partir del cual se puede explicar la lucha de clases, pero nunca al revés. La lucha de clases termina donde empieza la oposición élite-masa, esta es la ley fundamental de la sociología de Pareto. La existencia de clases presupone una clasificación horizontal de la sociedad, donde las élites ocupan las franjas superiores -la "espuma", en la terminología de Pareto- por encima de las masas indiferenciadas. La clasificación social de Pareto se opone a la establecida por Marx, que presenta las clases sociales como bloques monolíticos. Para Pareto, todos los factores de la vida social reaccionan los unos frente a los otros, de tal manera que se determinan mutuamente en sus constantes acciones y reacciones, y esto a la vez en el tiempo y en el espacio. No es una cuestión de causas y efectos, sino de dependencia mutua. El análisis de Pareto hace de las minorías los verdaderos sujetos agentes de los movimientos históricos. Más correctamente, la lucha política no es producto del enfrentamiento entre dos élites, sino el resultado de una batalla en el seno de una minoría detentadora del poder, minoría que surge de la "espuma" de la masa del pueblo. La nueva élite triunfante, en efecto, eleva sus reivindicaciones y sus derechos en el nombre de todo el pueblo, aunque, consciente o inconscientemente, su resultado objetivo específico no es otro sino la conquista del poder.

La élite fascista es una élite de los tiempos de crisis, es la perfecta antítesis de las élites del "establishment" burgués. "La actual élite gubernamental, al ser precisamente gubernamental, casi nunca hace uso de la fuerza, pero abusa sistemáticamente de esa demagogia que es tan querida por la plutocracia" [C. H. Bousquet, "La sociología después de Wilfredo Pareto". FCE]. El sociólogo Jules Monnerot, en su libro "Sociología de la revolución", explica claramente el fenómeno: "El encuentro entre una coyuntura histórica crítica y de una élite portadora de valores que se oponen a los hasta entonces imperantes, es lo que hace posible la revolución. La élite es la que posee la audacia, la fe, el carácter, la disposición para asumir responsabilidades, el activismo en suma. La élite revolucionaria es la encargada de lograr la radicalización de las masas, la tendencia a la politización de las categorías sociales, la encargada de arrancar al pueblo del conformismo, de apasionarle por la cosa pública. La élite no tiene ni debe porqué representar a la denominada "mayoría silenciosa", sino a los valores que deben imponerse por encima de esta".

La élite, en los esquemas fascistas, no admite exclusividad alguna. En el "Estado orgánico" la élite toma su sustancia de las mismas entrañas del pueblo, renovándose en un proceso continuo, distinguiéndose y desligándose de las castas y de las oligarquías que se perpetúan de forma hereditaria o cuasi-hereditaria. El fascismo se ve a sí mismo como una jerarquía viva. Renè Guènon lo explica de la siguiente forma: "Hemos de repetir las consecuencias que entraña la negación de toda visión jerárquica: en el presente estado de cosas los hombres no cumplen su función propia sino excepcionalmente y como por accidente, cuando la excepción debería ser la situación contraria; e incluso, los hombres tienden a ejercer sucesivamente funciones totalmente diferentes, como si las aptitudes pudieran ser cambiadas a voluntad. Esto puede parecer paradójico en una época de superespecialización, como lo es la nuestra, y sin embargo así es, sobre todo cuando pensamos en el orden político. Si la competencia de los "especialistas" es, con frecuencia, un hecho ilusorio, en tanto que se limita a un dominio del conocimiento del todo estrecho, la creencia en esta

competencia es, sin embargo, un hecho, y no podemos pretender que esta creencia no represente rol alguno en la carrera de los políticos, donde la más completa incompetencia raramente es un obstáculo. Por lo tanto, si se reflexiona, se percibe claramente que no hay nada más extraño que esa concepción "democrática" en virtud de la cual el poder viene de la base y se apoya esencialmente en la mayoría, lo que implica inmediatamente la exclusión de toda verdadera competencia, porque la competencia es siempre una cualidad que poseen los menos y que no puede ser sino propiedad exclusiva de las minorías" [Renè Guènon, "La crisis del mundo moderno", Ediciones Obelisco]. Decir que un hombre es igual a otro es un punto de vista o bien propio del pensamiento liberal o bien del pensamiento marxista; esta es una idea que, con lógica, conduciría a ver que no es la masa la que cree, ni es la mayoría la que organiza o reflexiona, sino, siempre y en todas partes, el individuo absoluto. El fascismo, en efecto, se apoya sobre la idea de las mayorías [Pocos regímenes han sido refrendados por tan inmensas mayorías, y con tal contundencia, como lo han sido los regímenes fascistas (N. Del T.)], pero siempre fundadas sobre el principio de la personalidad. Así, en sus esquemas, nada hay que entorpezca el valor otorgado a la jerarquía del mérito y al gobierno de los mejores. El fascismo implica de un modo inmediato la "personalización" del poder. Para el fascismo siempre existe algo mucho peor que el poder personal: el poder impersonal, es decir, el poder irresponsable por su misma naturaleza. En el Estado fascista, todo poder es personal en el nivel en que se ejerce, pues de otra forma dejaría de ser un poder responsable. En la cúspide de la jerarquía, el poder personal es, de hecho, infinitamente más vulnerable que el poder impersonal, ya que asume todas las responsabilidades y todos los riesgos, y al igual que representa las adhesiones de la comunidad política, cristaliza todas las oposiciones y todos los odios. El líder fascista belga [y español, pues León Degrelle se refugió en España tras la derrota de 1945 y obtuvo la nacionalidad española (N. Del T.)] Leon Degrelle dejó impresa su visión del "gran hombre", en su obra "Almas ardiendo", de este modo: "La humanidad normal desemboca, en su estado superior, sobre el tema de las grandes cuestiones, de los grandes asuntos. Que el tema sea la administración o el ejército, la construcción de un gran edificio público, de un automóvil o de una computadora, posiblemente esto sea lo de menos. Pero es aquí donde los espíritus que se alzan por encima de lo vulgar toman carta de naturaleza. La humanidad está compuesta por multitudes de seres humanos de cerebro medio, de corazón medio, de rutina media. Pero de pronto, bruscamente, en el cielo de una nación puede verse la estela fulgurante de un ser que se sitúa por encima de lo común. Y de pronto, el común de las gentes, que por lo general suelen poseer las mismas cualidades excepcionales de ese ser, pero en estado aletargado y atrofiado, al recibir el brillo de esa luz, se reaniman, reaccionan, responden y corresponden, a su pequeña escala, sintiendo sus vidas transformadas. El hombre de genio es similar a un formidable poste emisor a la vez que receptor. El hombre de genio puede llamarse Alejandro o Gengis-Khan, Mahoma o Lutero, Víctor Hugo o Mussolini. Los genios formadores de pueblos, los genios fascinantes de colores, de volúmenes, de palabras, son proyectados, con mayor o menor intensidad, sobre sus destinos ineludibles". Los hombres de excepción se unen con el pueblo en los lazos poéticos y religiosos donde la naturaleza es esencialmente irracional. Es un lazo situado por encima de las palabras. El verdadero jefe es siempre producto de la élite, nunca de la base. Lo que es superior nunca es consecuencia de lo que es inferior, y esta es una ley metafísica ineludible. El líder es el producto de aquello suprapersonal y no-humano que se manifiesta en él. Una máxima de los antiguos germanos dice: "Que el que sea jefe nos sirva de puente", puente entre la inminencia de la vida cotidiana de la persona y la trascendencia del destino histórico de la comunidad.

Texto digitalizado por:
Centro de Estudios Euroasiáticos(CEE)
Enero 2007